Cuadernos de Política Exterior Argentina (Nueva Época), 143, Enero-Junio 2026
ISSN 1852-7213 (edición en línea)

El pretorianismo en África en el siglo XXI: el caso de Burkina Faso[*]

Eduardo A. Carreño[**]
https://orcid.org/0000-0002-5587-1116

Desde la década de 1990, la narrativa predominante sobre África apuntaba hacia una progresiva democratización y la reducción de las intervenciones militares en la política (Harsch, 2025). Sin embargo, a partir de 2020, una sucesión de golpes de Estado en países como Malí, Burkina Faso, Guinea y Níger ha reconfigurado radicalmente el panorama geopolítico de la región, creando lo que analistas y medios denominan el "cinturón de golpes" o *coup belt* (Engels, 2023; Habtom y Waller, 2025). Esta ola contemporánea constituye la tercera gran ola de intervenciones militares en la historia poscolonial de África Occidental, sucediendo a los derrocamientos de los líderes de la liberación nacional (1960-1980), y a la posterior crisis del desarrollismo militar (1980-1990) (Gerőcs, 2025). A pesar de que los golpes de Estado habían experimentado un marcado declive a nivel mundial, su resurgimiento en el Sahel desafía profundamente las expectativas sobre la consolidación democrática y obliga a repensar la naturaleza de las instituciones en el continente (Obi y Andrews, 2025).

Para comprender este fenómeno de manera integral, resulta imperativo superar el análisis occidental que reduce los golpes de Estado a simples anomalías institucionales o retrocesos democráticos. La literatura académica reciente argumenta que es necesario replantear las relaciones civil-militares en África alejándose del modelo tradicional que exige un control civil objetivo para analizar dos dimensiones estructurales mucho más pertinentes: la proximidad al régimen y el arraigo social de las fuerzas armadas (Day y Khisa, 2022). En la mayoría de los Estados africanos, la frontera entre las autoridades políticas y el poder militar es fluida, y los cuerpos armados mantienen complejas redes de relaciones sociales con la población civil a la

[**] Agradezco la asistencia de la señorita Antonia Vega Pacheco (Estudios Internacionales, UCHILE) en la recopilación de algunos datos.
[**] Doctor en Ciencia Política, Universidad Autónoma de Madrid. Profesor Asociado, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile. ecarreno@uchile.cl

que deben proteger. En este contexto, la intervención castrense no es un evento aislado impulsado únicamente por la ambición de una camarilla de oficiales, sino el resultado de una crisis estructural donde los militares actúan en respuesta a las enormes presiones de la sociedad y a la incapacidad sistémica de las élites civiles para gobernar eficazmente (Harsch, 2025).

Este escenario ha marcado el retorno de una forma de gobierno postcolonial conocida como el "Estado pretoriano" (Habtom y Waller, 2025). Históricamente, el pretorianismo se define como un sistema en el que los distintos grupos políticos luchan directamente por el poder sin la mediación de instituciones sólidas, y donde las organizaciones militares poseen una ventaja decisiva frente a los actores civiles debido a su cohesión organizativa, su autonomía y su percepción agresiva de sí mismas. Sin embargo, el pretorianismo del siglo XXI en el Sahel presenta una característica fundamental y novedosa: la tutela o salvaguardia nacional se ha elevado al nivel de una verdadera ideología. Los nuevos líderes militares, predominantemente jóvenes, justifican su asalto al poder no sólo como una medida tecnocrática temporal, sino como un deber patriótico absoluto. Su misión declarada es proteger a la nación de enemigos directos (p.ej.: insurgencias islamistas) y de enemigos indirectos (p.ej.: gobernantes civiles percibidos como corruptos, incompetentes o subordinados a intereses neocoloniales extranjeros). Como resultado, estos militares asumen un papel cuasi mesiánico para salvar a sus países del abismo del subdesarrollo y el caos.

El caso de Burkina Faso sirve como el paradigma central para examinar estas dinámicas contemporáneas. El país experimentó dos golpes de Estado sucesivos en 2022, culminando con el ascenso al poder del Capitán Ibrahim Traoré, un joven líder de 34 años. Traoré ha logrado aglutinar el descontento popular y ha reavivado la conciencia panafricana emulando el legado del histórico líder revolucionario de su país, Thomas Sankara, al poner en el centro de su agenda la autosuficiencia, los derechos locales y la total independencia económica frente a las dinámicas neocoloniales (Appiah-Mensah, 2025).

La principal tesis de esta reflexión sostiene que el régimen pretoriano liderado por Traoré en Burkina Faso no representa simplemente una regresión al autoritarismo del pasado, sino que constituye una compleja revuelta desde la periferia contra el imperialismo y contra el rotundo fracaso del Estado civil (Zhang y Poulin, 2025). Esta revuelta se articula a través de un proyecto explícito de decolonialidad y un agresivo nacionalismo de recursos, buscando construir una

economía autocéntrica que rompa definitivamente con los lazos históricos de dominación francesa (Simura, 2024).

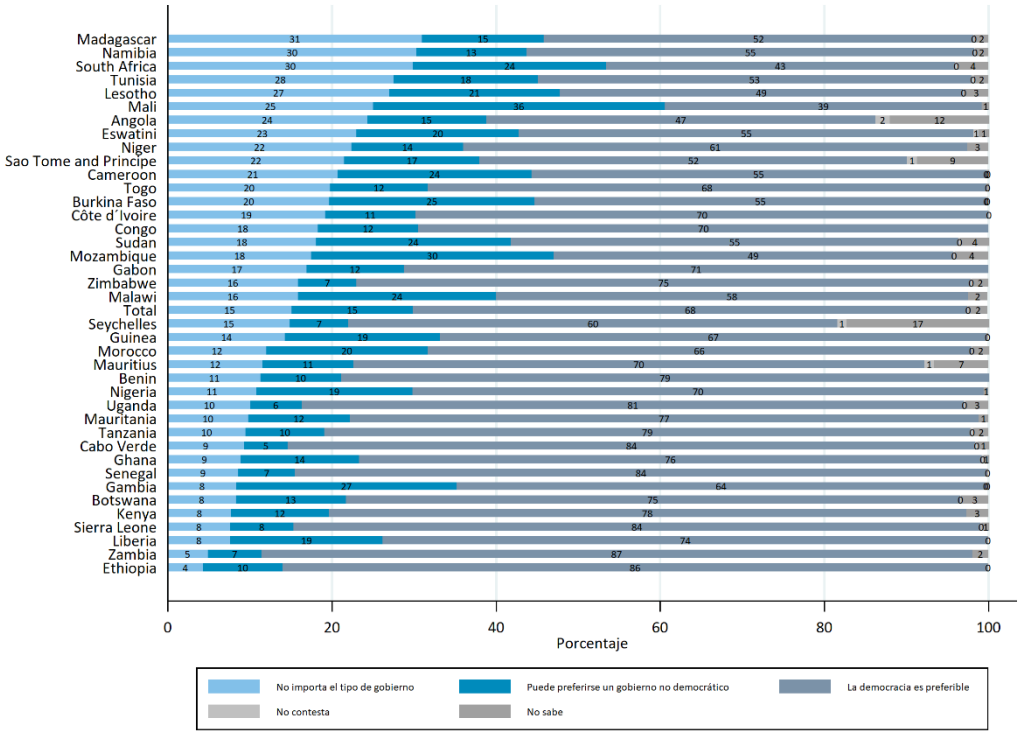
A lo largo de los siguientes apartados, este artículo analizará cómo esta reconfiguración busca reescribir el marco jurídico y la economía internacional a favor de la soberanía local, mientras simultáneamente se enfrenta a contradicciones críticas: el riesgo inminente de una militarización opresiva de la sociedad, la incapacidad para erradicar la violencia terrorista, y el peligro latente de sustituir antiguas ataduras europeas por nuevas dependencias asimétricas con potencias como Rusia y China en un emergente orden multipolar.

El fracaso del electoralismo y la crisis estructural de seguridad

Tras el final del bipolarismo y bajo la presión de Occidente, África experimentó una democratización multipartidista que generó altas expectativas populares para el continente. Sin embargo, las décadas siguientes mostraron las severas debilidades de este modelo, dando lugar a un fenómeno que los críticos denominan "electoralismo", es decir, un sistema donde el enfoque se reduce a la celebración de elecciones regulares, pero que carece de mecanismos efectivos para mejorar las condiciones materiales de los ciudadanos, frenar la corrupción o garantizar una participación ciudadana genuina. A pesar de que las encuestas indican que la mayoría de los ciudadanos africanos sigue prefiriendo la democracia como forma de gobierno frente a alternativas autoritarias (Gráfico N° 1), existe una profunda desilusión con los líderes electos, a quienes se percibe como corruptos, nepotistas y dispuestos a manipular las constituciones para perpetuarse en el poder. Este déficit crónico entre la robusta demanda popular de democracia y la deficiente oferta institucional sentó las bases para la legitimación de las intervenciones militares en la región.

ISSN 1852-7213 (edición en línea)

Gráfico N° 1: Preferencias sobre tipo de gobierno por país (2021-2023)[1]



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Afrobarometer (2024).

El fracaso de estas democracias de fachada no fue accidental, sino el resultado de constricciones estructurales derivadas de políticas económicas impuestas desde el exterior. Como señaló Mkandawire (1999), la obligación casi ineludible de adoptar programas de liberalización del mercado supervisados por instituciones financieras internacionales dio lugar a democracias sin opciones. En este sistema, aunque los ciudadanos podían cambiar a sus líderes políticos en las urnas, los gobiernos electos carecían de autonomía para alterar el enfoque económico básico, permitiendo que las corporaciones operaran bajo un control limitado y amasaran enormes riquezas a expensas de la mayoría de la población.

Desde otra perspectiva, Zhang y Poulin (2025) explican esta incapacidad del Estado civil a través de la relación asimétrica de explotación entre el centro imperialista y la periferia

[1] Texto exacto de la pregunta: "¿Cuál de estas tres afirmaciones es la más cercana a su opinión? 1) La democracia es preferible a cualquier otro tipo de gobierno. / 2) En algunas circunstancias, un gobierno no democrático puede ser preferible. / 3) Para alguien como yo, no importa qué tipo de gobierno tengamos".

africana. Las élites políticas electas en países francófonos funcionaron esencialmente como una burguesía compradora, es decir, una clase capitalista comercial subordinada a los intereses de las potencias occidentales, particularmente Francia. En lugar de fomentar un desarrollo económico nacional, estos gobiernos facilitaron la extracción continua de riqueza hacia el Norte Global. Por consiguiente, los recientes golpes de Estado en la región son entendidos por las poblaciones locales no como ataques a la democracia, sino como una revuelta de la periferia contra esta burguesía compradora que había perpetuado el subdesarrollo.

Esta marginación económica estructural tiene raíces históricas profundas que se remontan a la violenta incorporación de la región del Sahel al sistema-mundo capitalista (Gerőcs, 2025). Durante la era precolonial, el Sahel no era una periferia aislada, sino una intrincada red comercial transahariana que conectaba a los pueblos sedentarios de África Occidental con los nómadas del Sahara y el Mediterráneo. El colonialismo europeo interrumpió y finalmente desmanteló este milenario ecosistema para reorientar la extracción de recursos comerciales hacia la costa atlántica. Esta reconfiguración generó desigualdades territoriales y de clase: los capitales y el poder administrativo se concentraron en los protectorados costeros o del sur, mientras que el interior saheliano fue relegado, exacerbando las tensiones que perduran hasta el presente.

Fue precisamente esta extrema debilidad estatal heredada la que impidió al gobierno civil de Burkina Faso hacer frente a la amenaza existencial que detonó su colapso: la letal insurgencia yihadista. La incapacidad del presidente electo Roch Marc Christian Kaboré para contener la violencia de los grupos extremistas destruyó la legitimidad de su administración y desató el desencanto ciudadano. La frustración de las tropas llevó a la instalación de una junta militar en enero de 2022 encabezada por el teniente coronel Paul-Henri Damiba, quien prometió mayor eficacia contrainsurgente. Sin embargo, al no lograr avances significativos, un segundo golpe liderado por el joven capitán Ibrahim Traoré lo derrocó tan sólo ocho meses después.

La crisis de seguridad saheliana se vio trágicamente agravada por las dinámicas de la Guerra Global contra el Terrorismo (GWOT en su sigla en inglés) impulsada por Occidente. Como argumenta Billy (2025), la macro-securitización estadounidense y francesa en el Sahel se basó en evaluaciones exageradas de la amenaza hacia sus propios intereses, pasando por alto las causas complejas y locales de la violencia extremista. Peor aún, el suministro de asistencia

de seguridad a líderes autoritarios propició violaciones a los derechos humanos y represión, alimentando la radicalización de grupos marginados.

Ante el vacío de seguridad e incapacidad del Estado, la gobernanza en la región se tornó híbrida. En el caso de Burkina Faso, la total falta de capacidad gubernamental llevó al Estado a cooptar, reconocer y movilizar formalmente a grupos de vigilantes y milicias civiles para ayudar a repeler los ataques yihadistas (Bjarnesen y Bjarnesen, 2025). Esta difuminación de las fronteras entre actores armados estatales y no estatales profundizó la militarización de la sociedad civil. Esta conjunción de fracaso institucional civil y crisis armada permanente forjó el escenario ideal para el retorno del pretorianismo, en el que los militares se asumen ideológicamente como los únicos guardianes cohesionados con la capacidad moral y operativa para salvar a la nación de la catástrofe.

Ideología de tutela y la lucha por la decolonialidad

A diferencia de las juntas militares latinoamericanas de la Guerra Fría, que a menudo se definían por su férrea oposición al comunismo, o de los primeros golpes de Estado poscoloniales en África que carecían de un marco ideológico profundo, el pretorianismo contemporáneo en el Sahel francófono ha elevado la noción de tutela o salvaguarda (*guardianship*) al nivel de una verdadera ideología política (Habtom y Waller, 2025). Ésta se nutre de un resentimiento intergeneracional arraigado en poblaciones predominantemente jóvenes que, frente a la ineficacia de los gobernantes civiles y la perpetuación de la pobreza, ven en las fuerzas armadas la única institución capaz de recuperar la soberanía nacional.

Para comprender la magnitud de esta reconfiguración política, es imperativo distinguir entre el anticolonialismo histórico y el proyecto de la decolonialidad. Mientras que las luchas anticoloniales del siglo XX lograron la retirada física de las administraciones europeas y la obtención de la independencia formal, la decolonialidad busca desmantelar las estructuras de poder globales, los patrones culturales y las asimetrías económicas que han perdurado en la era poscolonial y que continúan marginando al Sur Global (Simura, 2024). En los países francófonos de África Occidental, este sistema de dominación continua fue institucionalizado a través de la *Françafrique*, una red de acuerdos políticos, militares y comerciales diseñada por Francia para mantener una influencia hegemónica sobre sus excolonias, garantizando el acceso a recursos estratégicos a expensas del desarrollo local (Gerőcs, 2025). Las élites civiles

africanas que sostuvieron este sistema actuaron, desde una perspectiva marxista y de análisis de clases, como una "burguesía compradora" subordinada al centro imperialista, facilitando la explotación de la periferia (Zhang y Poulin, 2025). En consecuencia, los golpes de Estado liderados por figuras como Traoré son interpretados no como simples quiebres institucionales, sino como revueltas desde la periferia destinadas a romper estas cadenas estructurales.

El liderazgo de Traoré ha canalizado este profundo resentimiento popular capitalizando el legado del líder revolucionario Thomas Sankara, y reavivando una potente conciencia panafricana (Appiah-Mensah, 2025). El nuevo régimen se enmarca en una retórica explícitamente antiimperialista, orientada a la autosuficiencia material y a la construcción de una economía autocéntrica, un modelo de desarrollo que busca integrar los sectores productivos internamente en lugar de funcionar como una mera economía extractiva al servicio de las metrópolis europeas (Zhang y Poulin, 2025). Traoré ha capturado el imaginario de la juventud africana al presentarse como el heredero de líderes históricos como Kwame Nkrumah y el propio Sankara, exigiendo que los recursos del continente sirvan prioritariamente a sus ciudadanos.

La legitimidad del régimen de Traoré se ha construido, en gran medida, mediante una hábil apropiación simbólica e ideológica del legado de Sankara. Existen paralelismos biográficos y estilísticos innegables que la junta ha explotado para movilizar a la juventud: al igual que Sankara, Traoré asumió el poder mediante un golpe de Estado a una edad excepcionalmente temprana y ha adoptado una postura radical y enérgica, presentándose en uniforme militar como un líder cercano a las bases (Harsch, 2025). Esta conexión histórica e identitaria permite a Traoré transformar la percepción pública de su intervención, elevándola de un simple quiebre institucional a la categoría de un renacimiento revolucionario orientado a la verdadera emancipación frente al imperialismo occidental.

Esta inspiración sankarista no se limita a la retórica anticolonial, sino que se ha institucionalizado a través de nombramientos clave y políticas de austeridad. Un ejemplo fundamental fue la designación como Primer Ministro de Apollinaire Joachim Kyélem de Tambèla, un reconocido intelectual nacionalista, marxista-leninista y ferviente seguidor de Sankara. Bajo esta matriz ideológica, el gobierno de transición ha implementado medidas que emulan directamente las políticas de la revolución de la década de 1980. La decisión de reducir en un 5% el salario de los ministros del gabinete ilustra este esfuerzo por replicar el rechazo

sankarista a los privilegios de la élite y demostrar solidaridad con las severas penurias económicas de la población civil (Zhang y Poulin, 2025).

En el plano geopolítico, Traoré ha utilizado el sankarismo como plataforma para liderar un resurgimiento de la conciencia panafricana. Al enmarcar su agenda en los principios de autosuficiencia, nacionalismo de recursos y unidad contra la influencia extranjera, Traoré es percibido como el heredero de un espíritu histórico que conecta la era de la independencia de Nkrumah con la etapa revolucionaria de Sankara (Chothia, 2025). Este enfoque decolonial justifica su estrategia de ruptura con organismos regionales tradicionales, motivando la salida de Burkina Faso de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) al considerar que sus políticas no sirven a los intereses africanos, y promoviendo en su lugar la formación de un bloque regional emancipado para la construcción de una economía autocéntrica (Appiah-Mensah, 2025).

En el plano económico, el pilar central de la decolonialidad es la ofensiva contra el franco CFA, la moneda heredada de la época colonial que es gestionada bajo la tutela del Tesoro francés y el Banco Central Europeo (Gerőcs, 2025). El franco CFA ha sido ampliamente criticado por intelectuales y economistas africanos como un mecanismo de esclavitud financiera y un obstáculo estructural para la industrialización y el desarrollo, ya que subordina las instituciones monetarias de África Occidental a los intereses económicos de Europa y restringe severamente su autonomía crediticia (Simura, 2024). Los líderes de la AES han declarado que la recuperación de la soberanía monetaria y el abandono del franco CFA son pasos innegociables para desvincularse definitivamente de la *Françafrique* (Zhang y Poulin, 2025).

Esta ideología de tutela y decolonialidad se ha traducido en políticas de ruptura radical y tangible en múltiples frentes. En el ámbito de la soberanía militar y geopolítica, Burkina Faso, al igual que Malí y Níger, exigió y ejecutó la expulsión de las tropas francesas de su territorio, denunciando que su presencia durante años no logró contener la amenaza yihadista y operaba bajo lógicas de ocupación neocolonial (Habtom y Waller, 2025). Al considerar a las instituciones regionales tradicionales como instrumentos de la hegemonía occidental, estos tres países anunciaron su retirada de la CEDEAO y formaron la Alianza de Estados del Sahel (AES) (Gerőcs, 2025). La creación de la AES representa la materialización política del nuevo

panafricanismo: una confederación que busca la defensa mutua y la integración económica al margen de las directrices dictadas por París o Washington (Zhang y Poulin, 2025).

Sin embargo, el enorme desafío de la confederación radica en su aislamiento geográfico y la necesidad de una reconfiguración geopolítica. Al estar conformada por Estados sin salida al mar y enfrentar bloqueos logísticos y energéticos por parte de sus vecinos costeros de la CEDEAO, la viabilidad de la AES depende críticamente de forjar alianzas en el emergente orden multipolar (Gerőcs, 2025). Para sortear este asilamiento, la alianza ha profundizado su pragmatismo buscando no sólo el paraguas de seguridad de Rusia, sino también inversiones masivas de China para desarrollar megaproyectos de infraestructura, como la reactivación de redes ferroviarias vitales para el acceso a puertos atlánticos. El éxito histórico de la AES dependerá de si esta reorientación hacia el Este logra generar un desarrollo complementario real o si simplemente sustituye el dominio europeo por nuevas formas de dependencia externa en el siglo XXI.

Finalmente, el esfuerzo decolonial de la junta pretoriana ha abarcado también una profunda desvinculación cultural. En un acto de gran simbolismo histórico, Burkina Faso modificó su Constitución a finales de 2023 para degradar el idioma francés, despojándolo de su estatus como idioma oficial y relegándolo a la categoría de "idioma de trabajo", al tiempo que elevaba las lenguas indígenas nacionales a la categoría de idiomas oficiales (Simura, 2024). El gobierno burkinés argumentó que la redacción de una nueva Constitución y la revalorización de las identidades lingüísticas locales son cuestiones fundamentales de soberanía política y cultural, afirmando que ninguna nación puede florecer verdaderamente basándose en los conceptos impuestos por otros. A través de esta combinación de expulsión militar extranjera, reestructuración de alianzas regionales, búsqueda de soberanía monetaria y reafirmación cultural indígena, el gobierno pretoriano de Burkina Faso ilustra cómo las fuerzas armadas han asumido el rol de guardianes no sólo de la seguridad física del Estado, sino del proyecto inconcluso de la liberación nacional africana (Habtom y Waller, 2025).

Nacionalismo de recursos

El núcleo material que dota de legitimidad al nuevo pretorianismo en Burkina Faso es la adopción de un agresivo nacionalismo de recursos. El continente africano posee una riqueza mineral inmensa, albergando proporciones masivas de las reservas mundiales de oro, cobalto

y uranio, pero –paradójicamente- sus poblaciones permanecen marginadas en la periferia de la economía global. Traoré ha sabido articular esta profunda frustración popular mediante una interrogante discursiva central: "¿cómo es que África se mantuvo pobre siendo tan rica?" (Mathlouthi et al., 2026).

Desde la perspectiva histórico-estructural y de los sistemas-mundo, esta paradoja es el resultado directo del modelo extractivo neocolonial perpetuado por la *Françafrique* y el capital transnacional. Históricamente, la matriz de extracción de recursos en la región saheliana operó permitiendo que el valor y las ganancias se concentraran casi exclusivamente en la cima de la cadena de valor global, mientras que los enormes costos sociales y ecológicos de la explotación minera eran reprimidos y externalizados hacia las sociedades locales (Gerőcs, 2025). Para desmantelar esta asimetría, la junta militar impulsó un modelo de desarrollo que busca integrar los sectores productivos internamente en contraposición a una economía periférica diseñada únicamente para la exportación de materias primas baratas (Zhang y Poulin, 2025).

Las políticas de Traoré se han materializado en reformas institucionales radicales, especialmente en el sector aurífero, el cual representa aproximadamente el 12% del Producto Interno Bruto (PIB) del país y resulta esencial para la supervivencia financiera del régimen (Vaughan, 2025). Entre las medidas más destacadas orientadas a retener el valor agregado dentro de las fronteras nacionales se encuentra la creación de *Malena Raffinor-bf-sa*, la primera refinería nacional de oro de capital mixto, así como el establecimiento inédito de reservas nacionales de oro (Chothia, 2025). Complementariamente, el gobierno militar promulgó el nuevo Código Minero (Ley N° 016-2024/ALT), el cual altera radicalmente las reglas del juego corporativo al exigir a las empresas mineras extranjeras la transferencia gratuita de una participación del 15% de sus acciones a favor del Estado (Mathlouthi et al., 2026).

Sin embargo, este giro audaz hacia la soberanía material sitúa a Burkina Faso en un curso de colisión frontal contra la estricta arquitectura del Derecho Económico Internacional, que históricamente ha protegido los intereses del capital transnacional mediante tratados bilaterales de inversión. Un claro ejemplo de esta tensión estructural es el caso de la corporación australiana *Sarama Resources*, la cual llevó al Estado burkinés a un arbitraje internacional tras la retirada de su licencia de exploración comercial (Chothia, 2025).

Para dotar de sustento legal a estas acciones, la junta militar ampara sus medidas soberanas en la Resolución 1803 (XVII) de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre

Soberanía Permanente sobre los Recursos Naturales, así como en el Artículo 21 de la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos. En la arena jurídica de los tribunales de arbitraje de inversión (p.ej.: CIADI), los expertos sugieren que Burkina Faso podría articular su defensa apelando al principio de "estado de necesidad" o *force majeure*, sosteniendo que la apropiación de un mayor porcentaje de las rentas mineras es una medida proporcional y absolutamente vital para asegurar la supervivencia fiscal y existencial del Estado frente a la letal amenaza insurgente (Mathlouthi et al., 2026). Asimismo, se plantea la innovadora defensa de la "erosión del consentimiento", la cual argumenta que los contratos originales con las multinacionales fueron firmados bajo condiciones de extrema asimetría estructural y de información, perpetuando una pobreza que constituye una violación de los deberes de debida diligencia corporativa en materia de derechos humanos (Mathlouthi et al., 2026). De este modo, el nacionalismo de recursos impulsado por Ibrahim Traoré no sólo desafía la explotación neocolonial a nivel doméstico, sino que busca reescribir la interpretación del derecho internacional a favor de la justicia y la emancipación de las naciones periféricas.

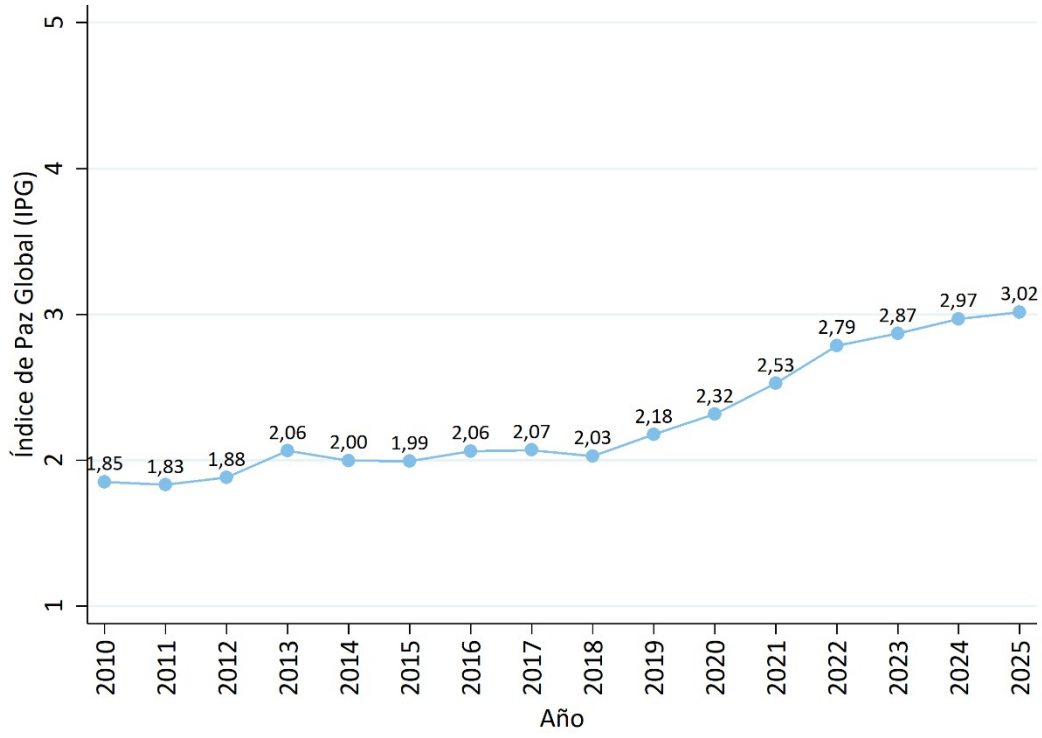
Contradicciones y riesgos del nuevo pretorianismo

A pesar de la retórica emancipadora y el entusiasmo popular inicial, el modelo pretoriano de Traoré enfrenta profundas contradicciones sistémicas que amenazan la viabilidad de su proyecto decolonial. Un primer riesgo evidente es la manipulación de la percepción pública mediante la creación de un "culto en línea" impulsado por redes de desinformación propagandística (Vaughan, 2025). En el ecosistema digital han proliferado noticias falsas que glorifican a la junta militar, las cuales a menudo se apoyan en imágenes generadas por inteligencia artificial o fotografías de protestas europeas sacadas de contexto. Éstas construyen una ilusión de éxito monumental que enmascara, simplemente, las graves deficiencias estructurales del gobierno.

La principal contradicción del régimen radica en su incapacidad para resolver la crisis existencial que sirvió como justificación principal para el golpe de Estado: el terrorismo yihadista. A pesar de las promesas de la junta de erradicar rápidamente la insurgencia, estadísticas independientes revelan que desde el año 2020 Burkina Faso se ha convertido en el país más severamente impactado por el terrorismo a nivel mundial (Gráfico N° 2). Tan sólo en el año 2023, la violencia indiscriminada provocó la muerte de miles de personas y contribuyó

a una crisis humanitaria con más de 2.6 millones de desplazados en la región del Sahel (Vaughan, 2025). La postura intransigente de Traoré, quien ha proscrito los esfuerzos de mediación local con los grupos insurgentes en su búsqueda de una victoria militar absoluta, ha puesto en un riesgo aún mayor la vida de los civiles, demostrando que la militarización expansiva no se ha traducido en seguridad humana efectiva.

Gráfico N° 2: Índice de Paz Global (IPG) / Burkina Faso (2010-2025)[2]



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de "Global Peace Index"

El segundo gran riesgo es la deriva autoritaria y la consolidación de una cleptocracia. Bajo la coartada de proteger la seguridad nacional y blindar la soberanía del Estado, la junta ha comenzado a suprimir gradualmente el pluralismo, lo que genera temores fundados de que el país se encamine hacia una dictadura represiva que asfixia a la sociedad civil y restringe severamente a la prensa, recordando a regímenes pasados que traicionaron sus promesas

[2] El IPG mide la paz de 163 países en una escala del 1 al 5 (1, máximo nivel de paz; 5, máximo nivel de violencia). Este índice cuantifica el nivel de paz negativa de un país a través de tres dimensiones: conflicto doméstico e internacional en curso, seguridad social y ciudadana, y militarización.

iniciales (Mathlouthi et al., 2026). Asimismo, el agresivo nacionalismo de recursos conlleva la trampa de la corrupción gubernamental. La nacionalización o retención de rentas mineras sin la creación simultánea de mecanismos institucionales transparentes, corre el riesgo de transferir la riqueza directamente a burocracias castrenses exentas de escrutinio público. Sin esta integridad institucional, la nueva élite militar podría transformarse en una encarnación contemporánea de la burguesía compradora que históricamente facilitó la extracción de recursos y perpetuó el subdesarrollo nacional (Zhang y Poulin, 2025).

La alianza estratégica con Rusia y el Grupo Wagner encierra profundas contradicciones que amenazan la misma soberanía que la junta afirma defender. Aunque el régimen burkinés enmarca pragmáticamente este acercamiento en una retórica antiimperialista compartida con Moscú, la realidad operativa de Wagner en África está marcada por la brutalidad y la falta de rendición de cuentas (Habtom y Waller, 2025). Organizaciones internacionales han documentado severas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos, incluyendo torturas y ejecuciones extrajudiciales cometidas por estos contingentes mercenarios contra civiles en países vecinos como Malí y la República Centroafricana (Engels, 2023). Además, al ofrecer un respaldo de seguridad externo que carece de cualquier condicionalidad sobre la gobernanza democrática y/o el respeto a los derechos humanos, Rusia altera el cálculo de riesgo de los ejércitos locales y facilita que los líderes pretorianos se afiancen en el poder de forma autoritaria sin incentivos para restaurar el orden civil.

En el plano económico, la asistencia de seguridad rusa opera bajo una lógica estrictamente transaccional que socava los cimientos del nacionalismo de recursos pregonado por Traoré. Lejos de fomentar una verdadera economía autocéntrica, esta relación fomenta una nueva dependencia de materias primas por seguridad, donde la protección militar del régimen se intercambia por el acceso directo a minerales estratégicos (Mathlouthi et al., 2026). Un ejemplo paradigmático de esta agresiva apropiación es la corporación rusa *Nordgold*, a la cual la junta burkinesa otorgó nuevas licencias de explotación aurífera en 2022, permitiendo la continuidad de la fuga de riqueza nacional hacia el exterior a pesar de las sanciones internacionales que pesaban sobre la empresa (Gerőcs, 2025). En la práctica, el riesgo radica en que el régimen liquide las reservas de oro del Estado para pagar a mercenarios extranjeros, sustituyendo la *Françafrique* por una nueva forma de dependencia neocolonial que no altera la perniciosa lógica del extractivismo capitalista global (Engels, 2023).

Asimismo, la ruptura radical y abrupta con las misiones militares y diplomáticas occidentales para realinearse con Moscú arrastra a la región hacia una peligrosa confrontación geopolítica sistémica. Al expulsar a las tropas francesas y estadounidenses para cobijar a fuerzas rusas, la AES corre el peligro inminente de convertir sus territorios en una nueva zona de guerra por delegación (*proxy war*) (Gerőcs, 2025). En este escenario, el Sahel deja de ser un sujeto político soberano para volver a ser el tablero de ajedrez donde las grandes potencias compiten por la supremacía estratégica, un fenómeno que margina de forma definitiva el desarrollo socioeconómico de la población e imposibilita la estabilización de la paz a largo plazo (Mathlouthi et al., 2026).

Por último, las contradicciones del nuevo pretorianismo no pueden entenderse en su totalidad sin analizar el fracaso sistémico de las instituciones multilaterales, particularmente la CEDEAO y la Unión Africana. Estas organizaciones han socavado su propia autoridad moral y credibilidad ante la población al aplicar un doble rasero evidente: mientras son implacables para suspender y sancionar económicamente a las naciones que sufren golpes militares, han sido históricamente indulgentes frente a los "golpes constitucionales", aquellos en los que líderes civiles en funciones manipulan las leyes electorales y abolen los límites de mandato para perpetuarse ilegítimamente en el poder (Damman y Day, 2022). Esta flagrante inconsistencia normativa proporcionó a las juntas militares de Burkina Faso, Malí y Níger la coartada perfecta para denunciar a estos bloques como instrumentos de la hegemonía neocolonial, permitiéndoles aglutinar el apoyo popular en torno al victimismo patriótico y justificar su ruptura regional para formar la Alianza de Estados del Sahel (AES) (Harsch, 2025).

Conclusiones

La reciente ola de golpes de Estado en el Sahel, y de manera paradigmática el caso de Burkina Faso bajo el liderazgo de Traoré, no representa una simple regresión a las dictaduras militares poscoloniales de la Guerra Fría. Se trata, por el contrario, del resurgimiento de un Estado pretoriano donde las fuerzas armadas intervienen directamente en la política impulsadas por una profunda ideología de tutela y salvaguarda nacional, justificando su accionar frente a la incompetencia civil y la injerencia extranjera. Como se ha analizado, esta reconfiguración radical del poder constituye una revuelta estructural contra la marginación económica histórica,

el extractivismo de la *Françafrique* y el fracaso del electoralismo para resolver amenazas existenciales como la violencia yihadista y la pobreza sistémica.

Sin embargo, aunque el nacionalismo de recursos y la retórica decolonial han logrado movilizar un vasto apoyo popular y reavivar la conciencia panafricana en el corto plazo, el heroísmo carismático tiene límites inherentes y no puede ser la única base para el verdadero empoderamiento de una nación. La genuina emancipación material y política de Burkina Faso exige trascender las proclamas antiimperialistas para llevar a cabo una profunda revolución institucional.

Para que el régimen de Traoré deje un legado histórico duradero y positivo, deberá enfocarse en alcanzar la paz y construir instituciones estatales sólidas que garanticen la buena gobernanza, en lugar de personalizar el poder o reprimir a la disidencia. La recuperación de la soberanía sobre los minerales estratégicos será inútil si la riqueza simplemente cambia de manos desde las corporaciones occidentales hacia nuevas élites militares o burocráticas exentas de escrutinio público. Por ello, resulta imperativo establecer marcos de gobernanza transparentes, descentralizados e inclusivos, asegurando la participación activa de las comunidades locales, las mujeres y la juventud en la toma de decisiones.

Finalmente, en el plano geopolítico, el pragmatismo de expulsar la influencia militar y económica francesa para forjar nuevas alianzas con potencias emergentes como Rusia o China conlleva riesgos monumentales. El proyecto decolonial fracasará si la ruptura con Occidente simplemente conduce a nuevas formas de dependencia asimétrica o si convierte a la región del Sahel en una nueva zona de guerra por delegación.

El éxito histórico del nuevo pretorianismo burkinés no se medirá únicamente por su valentía para desafiar el Derecho Económico Internacional o expulsar tropas extranjeras, sino por su capacidad técnica para edificar un Estado verdaderamente soberano y capaz. El futuro de los recursos de África y la viabilidad de su independencia no se decidirán en las salas de juntas fuera del continente, sino en la eficacia con la que los líderes, las instituciones y los ciudadanos africanos colaboren en casa para asegurar que su inmensa riqueza sirva por fin a sus propios pueblos.

Referencias

Afrobarometer (2024) African insights 2024. Democracy at risk – the people's perspective, https://www.afrobarometer.org/wp-content/uploads/2024/05/Afrobarometer_FlagshipReport2024_English.pdf

Appiah-Mensah, S. (2025, 14 de agosto). President Ibrahim Traoré and the rebirth of Pan-African consciousness. *Australian Outlook*. https://www.internationalaffairs.org.au/australianoutlook/president-traore-and-the-rebirth-of-pan-african-consciousness/

Chothia, F. (2025, 11 de mayo) Why Burkina Faso's junta leader has captured hearts and minds around the world. *BBC News*. https://www.bbc.com/news/articles/c1egely9v3go

Billy, A. (2025). A critique of US Global War on Terror in the Sahel. *African Security*, 18(4), 376-398. https://doi.org/10.1080/19392206.2025.2552094

Bjarnesen, M., y Bjarnesen, J. (2025). Brothers in Arms? Vigilantism and Ambivalent State Responses in West Africa. *African Security*, 18(4), 399-422. https://doi.org/10.1080/19392206.2025.2515301

Damman, E., y Day, C. (2022). The African Union and the 'good coup'. En M. Khisa y C. Day (Eds.), *Rethinking civil-military relations in Africa: Beyond the coup d'état* (pp. 65-90). Lynne Rienner Publishers.

Day, C., y Khisa, M. (2022). Rethinking civil-military relations in Africa. En M. Khisa y C. Day (Eds.), *Rethinking civil-military relations in Africa: Beyond the coup d'état* (pp. 1-38). Lynne Rienner Publishers.

Engels, B. (2023). Coups and neo-colonialism. *Review of African Political Economy*, 50(176), 147-153. https://doi.org/10.1080/03056244.2023.2269693

Gerőcs, T. (2025). The Sahel Confederation: The historic role of the military in West African developmentalism. *International Critical Thought*, 15(2), 295-319. https://doi.org/10.1080/21598282.2025.2506990

Habtom, N., y Waller, J. G. (2025). The Sahel coup belt and the return of praetorianism. *Survival*, 67(3), 81-91. https://doi.org/10.1080/00396338.2025.2508086

Harsch, E. (2025). African coups and the limits of electoralism. *Third World Quarterly*. https://doi.org/10.1080/01436597.2025.2576780

Mkandawire, T. 1999. Crisis Management and the Making of 'Choiceless Democracies' in Africa. En Joseph, R. (Ed.) *The State, Conflict and Democracy in Africa* (pp. 119–136). Boulder: Lynne Rienner.

Mathlouthi, N., Haider, A., Ahmad, N., y Salameh, M. H. (2026). Ibrahim Traoré and the struggle over African natural resources: An international law perspective. *Africa Review*, 18, 43-64. https://doi.org/10.1163/09744061-bja10333

Obi, C., y Andrews, N. (2025). Rebalancing securitization and militarization in Africa? Understanding emerging patterns and dynamics in an era of shifting global geopolitics. *African Security*, 18(4), 313-319. https://doi.org/10.1080/19392206.2025.2594225

Simura, B. (2024). West Africa's post 2020 coups and decoloniality. *Cogent Social Sciences*, 10(1), 2409296. https://doi.org/10.1080/23311886.2024.2409296

Vaughan, E. (2025, 20 de mayo). Tangible change or online cult? The case of Ibrahim Traoré and Burkina Faso. *Risk Analysis y Insights, Titan*. https://atlasinstitute.org/tangible-change-or-online-cult-the-case-of-ibrahim-traore-and-burkina-faso/

Zhang, C., y Poulin, M. (2025). Exploring the causes of military coups in three Francophone West African countries since 2020: A class analysis based on the centre-periphery relationship. *International Critical Thought*, 15(2), 320-338. https://doi.org/10.1080/21598282.2025.2506989